

# LAS LECCIONES SOLEMNES A LAS OBRAS DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (1630) DE JOSÉ DE PELLICER

ANTONIO CRUZ CASADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Cuando don Luis de Góngora fallece en Córdoba, el domingo<sup>1</sup> 23 de mayo de 1627, pocas obras suyas habían visto la luz de la imprenta. Aquejado por la enfermedad, el escritor se debate entre las brumas del recuerdo y el olvido, tal como lo presenta su comentarista Pellicer: “Algo, aunque mal convalecido, deseó retirarse a su natural, que maltratado de la dolencia que se le atrevió a la cabeza, en los intervalos o intercadencias del mal, conocía que para caminar jornada que no vuelve a repetirse y al fin para morir era necesario más sosiego que el de la corte, donde a morir no se acierta despacio. Quiso desviarse de los tumultos y estorbos cortesanos, casi adivinando morir como había temido en el año climatérico, se trasladó a Córdoba, para que le diese piadoso monumento el pueblo mismo que le sirvió de cuna. No padeció el juicio, como se divulgó, aunque enfermó de la cabeza, que en la memoria fue donde hizo presa el achaque, embargándole el alma aquella potencia tan esencial para quien se mira cerca de desatarse de la cárcel penosa del cuerpo y desamparar esta porción frágil de tierra”<sup>2</sup>. Estos problemas de salud pudieron influir en que el escritor no se preocupase de la transmisión de su obra en la etapa final de su vida. Por lo tanto, salvo poemas ocasionales, estampados en preliminares de algunos libros de sus amigos, o breves colecciones de versos<sup>3</sup> incluidas en antologías de diferente entidad, como el *Romancero general* (1600)

<sup>1</sup> Pellicer señala que fue al día siguiente de esta fecha, tenida habitualmente como correcta: “habiendo cumplido con las obligaciones del católico cristiano y reconocido que iba a dar residencia al juez supremo de los más leves y más menudos pensamientos, protestando que moría en la obediencia de la Iglesia, nuestra madre, pidiendo y recibiendo los sacramentos, rindió el espíritu a su hacedor el segundo día de Pentecostés, lunes, a veinte y cuatro de mayo de mil y seiscientos y veinte y siete, habiendo vivido sesenta y cinco años, diez meses y trece días, brevísimo curso de tiempo y corto siglo para varón tan grande”, José Pellicer de Salas y Tovar, *Vida inédita de Góngora*, ed. Aurelio Baig Baños, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1918, p. 16, graffía actualizada.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 15-16.

<sup>3</sup> Cfr., por ejemplo, el estudio clásico de R. Foulché-Delbosc, “Bibliographie de Góngora”, *Revue Hispanique*, tome XVIII, 1908, pp. 126-134, para éstas y otras referencias bibliográficas. Más completo, reciente y riguroso es la aportación de Jaime Moll, “Las ediciones de Góngora en el siglo XVII”, *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, I, 1984, pp. 921-963, aunque se refiere fundamentalmente a las ediciones dedicadas sólo a la obra de don Luis. Según el primer estudio en el *Romancero general* de 1600, que tiene diversas reediciones posteriores, hay 38 romances de Góngora; en las *Flores* de Espinosa hay 37 poemas del mismo (En el índice de la edición original de Espinosa se mencionan sólo 36 poemas, porque se ha omitido la referencia al soneto “Mientras por competir con tu cabello”, f. 126 v., aunque allí se indica expresamente que es de don Luis de Góngora, cfr. Pedro Espinosa, *Primera parte de las flores de poetas ilustres de España*, Valladolid, Luis Sánchez, 1605, (ed. facsímil, Madrid, Real Academia, 1991).

o las *Flores de poetas ilustres de España* (1605), de Pedro Espinosa, lo más granado y relevante de su producción lírica permanecía inédito. Inédito pero no desconocido, porque sus poemas mayores se difundieron ampliamente en la corte, dando origen a cartas y sonadas polémicas, de tal forma que sus textos se convierten en referente casi obligado de todos los poetas de la época, bien para alabarlos e imitarlos en lo posible, bien para censurarlos abiertamente y declararlos molestos huéspedes de la república de las letras.

Don Luis pretendió en alguna ocasión imprimir sus propias obras, tal como se pone de manifiesto en su epistolario, pero le faltó tiempo vital y decisión bastante para llevar a efecto su propósito. Entre los obstáculos que encontró no fue el menor el no disponer de sus propios versos, porque los iba regalando o prestando a diversos admiradores, de tal manera que cuando quiso recopilarlos tenía que servirse de cartapacios ajenos, tal como escribe al administrador de sus alimentos Cristóbal de Heredia, el 1 julio de 1625: "El cartapacio suplico a vuesa merced me lo busque vuesa merced y me lo compre, si no es que dice que no se teje en Córdoba"<sup>4</sup>. Pocos días después, el 8 del mismo mes, insiste en la cuestión: "El cartapacio suplico a vuesa merced se compre por un ojo que sea de la cara, porque saque hoy lo que me sacará de aquí desempeñado"<sup>5</sup>. Finalmente, el libro llega a su poder para el 15 de julio, y Góngora está contento porque tiene depositadas en él algunas de sus esperanzas económicas: "El cartapacio llegó a muy buen tiempo; beso las manos de vuesa merced por el cuidado. El mío es ahora de corregirlo<sup>6</sup> y añadirle cuanto he hecho después, para estampar este septiembre y procurar me valga aun la mitad de lo que me aseguran. Si vuesa merced quiere parte, le serviré con ella, que, como vuesa merced tiene caudal, puede remitilla a las Indias y esperar una ganancia excesible"<sup>7</sup>. Creemos que en los últimos párrafos está invitando a Cristóbal de Heredia a participar de las posibles ganancias de la edición, invirtiendo previamente algún dinero en el asunto, puesto que Góngora, y éste es el tema central de muchas de sus cartas, está siempre pendiente del dinero que le envía su administrador, endeudado y padeciendo miserias sin cuento, preso en lo que otro gran poeta del Barroco llamó "las esperanzas cortesanas"<sup>8</sup>. Por otra parte, el escritor dudaba acerca del destinatario de la edición, como era preceptivo y conveniente en la época, puesto que el noble que figurara al frente del impreso, un honor deseable para muchos sin duda, tendría que ser un mecenas que, de alguna manera, lo favoreciese. Los candidatos a la dedicatoria de su edición podrían ser varios, y entre ellos estaba el todopoderoso Conde-Duque de Olivares, el cual había animado al poeta a imprimir sus obras, tal como don Luis cuenta

<sup>4</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, Lausanne, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 1999, p. 194. Ya había intentado una edición anterior, según se dice en carta del 11 de julio de 1623: "Yo trayo en buen punto la [...]ción y enmienda de mis borrones, que estarán estampados para Navidad, porque, señor, fallo que debo condenar y condeno mi silencio, pudiendo valerme dineros y descanso alguna vergüenza que me costarán las puerilidades que daré al molde", *ibid.*, p. 179. En el término incompleto o ilegible señalado en esta cita, Millé lee *impresión*, cfr. Luis de Góngora y Argote, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, Madrid, Aguilar, 1972, p. 1046. En su edición de las obras completas, Carreira mantiene la misma duda sobre el término indicado: Luis de Góngora, *Obras completas*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, vol. II, p. 435.

<sup>5</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, *op. cit.*, pp. 195-196.

<sup>6</sup> Lectura propuesta por el editor, que creemos adecuada.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 197-198. Sobre la negativa de Góngora a estampar sus obras en vida, cfr. Alfonso Reyes, "Los textos de Góngora (Corrupciones y alteraciones)", *Cuestiones gongorinas* [1927], *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, tomo VII, p. 30 y ss.

<sup>8</sup> Sobre el tema, cfr. Antonio Cruz Casado, "Góngora poeta áulico: la visita del Príncipe de Gales", en *Saggi in onore di Giovanni Allegra*, ed. Paolo Caucci Von Saucken, Perugia, Università degli Studi di Perugia, 1995, pp. 169-185.

en una de sus cartas al administrador cordobés, fechada el 14 de octubre de 1625: "Ayer de mañana el pie en el estribo me dijo [el Conde-Duque]: "Vuestra merced no quiere estampar". Yo le respondí: "La pensión puede abreviar el efecto". Replicóme: "Ya he dicho que corre por vuesa merced desde 19 de febrero; en volviendo se tratará de todo, no tenga pena". Con esto he quedado suspenso, porque veo que quiere sin duda que el hábito sea satisfacción de la dirección de mis borrones, y hállome impedido para la estampa, porque dos que quieren parte en ella es más de lo que me está a mí bien, y así estoy como la picaza, que ni vuela ni anda. Deseo acabar esto y no puedo, rabio por salir de aquí y puedo menos porque debo más de lo que quisiera y no he podido excusarlo porque 800 reales son flacos alimentos para un hombre de cuenta en este lugar. Pasar adelante con tantas incomodidades es imposible, y así no sé qué me haga para salir honradamente estampando y satisfaciendo al señor don Francisco Luis de Cárcamo, que ya no sólo es reputación sino interés mío, y remediarme con eso e ir a descansar, que lo deseo como la vida"<sup>9</sup>.

Pero el hecho es que Góngora fallece sin haber conseguido editar sus versos y sin haber cuidado la preparación de sus obras, según lo que ha llegado hasta nosotros, aunque en el manuscrito Chacón se observa cierta labor de poda y de depuración con respecto a otros versos y composiciones que se habían mezclado con los suyos, proceso largamente gestado y que ha traído de cabeza a los gongoristas, de tal manera que, aún en nuestros días, ha sido preciso someter sus textos a un proceso radical de depuración, tarea que han llevado a cabo eximios estudiosos entre los que resulta ineludible la figura de Dámaso Alonso.

De esta manera, la primera edición pretendidamente completa de sus creaciones líricas aparece sin el nombre de su autor en la portada, titulada entonces *Obras en verso del Homero español* y preparada por Juan López de Vicuña (Madrid, 1627), aunque el encomio de "Homero español" sólo podía convenir a Góngora, si con él se designaba al que muchos consideraban el poeta más grande de su época, aunque, por otra parte, resultaba un tanto inadecuado, ya que nuestro escritor no cultivó señaladamente la épica en verso<sup>10</sup>, como lo hizo Homero, sino la lírica. De esta forma, tiende a olvidarse la designación citada y, en la edición siguiente de las obras gongorinas, con su comentario, que es la que recordamos en esta ocasión, titulada *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, que editó en 1630 el zaragozano don José Pellicer de Ossau y Salas (Tovar figura también entre sus numerosos apellidos), al escritor cordobés se le llama "Píndaro andaluz y príncipe de los poetas líricos de España", designación más acorde con el tipo de poemas que escribió don Luis. Con todo, las *Lecciones solemnes* resultó un libro polémico y causó a su autor/comentarista numerosos quebraderos de cabeza, que han sido objeto de minuciosos estudios y análisis<sup>11</sup> en nuestros días.

<sup>9</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, op. cit., p. 199.

<sup>10</sup> Con todo, aparecen rasgos narrativos y épicos en las *Soledades*, tema del que nos hemos ocupado en diversas ocasiones; cfr., por ejemplo, Antonio Cruz Casado, "Hacia un nuevo enfoque de las *Soledades* de Góngora: Los modelos narrativos", *Revista de Literatura*, tomo LII, n° 103, 1990, pp. 67-100.

<sup>11</sup> Entre la bibliografía al respecto, hay que citar a Alfonso Reyes, "Sobre el texto de las *Lecciones solemnes* de Pellicer", *Cuestiones gongorinas* [1927], *Obras completas*, op. cit., tomo VII, pp. 116-130; Id., "Pellicer en las cartas de sus contemporáneos", *ibid.*, pp. 131-145; Dámaso Alonso, "Todos contra Pellicer", *Estudios y ensayos gongorinos, Obras completas. V. Góngora y el gongorismo*, Madrid, Gredos, 1978, pp. 652-675; Id., "Como contestó Pellicer a la befa de Lope", *ibid.*, pp. 676-696; Emilio Orozco Díaz, *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid, Gredos, 1973; Juan Manuel Rozas, "Lope contra Pellicer", en *La literatura en Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1984, pp. 69-99; Jesús Cañas Murillo, "Una lectura del soneto 143 de Burguillos, con la guerra contra el gongorismo y contra Pellicer al fondo", *Laurel. Revista de Filología*, 3, 2001, pp. 67-75, etc.

Fue Pellicer un joven cronista, de una juventud y de una erudición exultante, casi ofensiva, que sintió una manifiesta predilección por la poesía gongorina. Con sólo 26 años (teniendo en cuenta que las *Lecciones* y otros textos preliminares del libro estaban ya compuestos en 1628, junto con el dato del retrato que encabeza la edición) se atreve a comentar pormenorizadamente y a editar los poemas mayores<sup>12</sup> (*Polifemo*, *Soledades*, *Panegírico*<sup>13</sup> y *Tisbe*), algo en lo que sólo le habían precedido sesudos y cuajados varones, como el cordobés Pedro Díaz de Ribas, que no llegó a imprimir sus comentarios. Don José Pellicer, que había nacido en Zaragoza en 1602, y que fallecería en Madrid en 1676, cultivó con delectación la desmesura, porque desmesuradas y eruditísimas son sus lecciones gongorinas, y desmesurados y complejos son varios de sus memoriales y tratados de carácter histórico, en los que la crítica ha apreciado errores y fabulaciones sin cuento<sup>14</sup>. Hijo de su época, cultivó también la poesía, una faceta que parece adecuada para conseguir la comprensión de los recursos empleados en los poemas gongorinos, y en este sentido se le deben *El poema de Lucrecia*, publicado en 1622, con sólo 20 años, integrado por 350 coplas; *El rapto de Ganimedes*, de 120 coplas, de 1624; *El Fénix*, de 1628 (pero publicado en 1630), integrado por 1130 versos; un *Himno a la resurrección de Cristo*, de 100 coplas; el *Panegírico y descripción del palacio del Buen Retiro*, con otras cien estrofas, por no mencionar más que algunas creaciones iniciales, puesto que posteriormente y a lo largo de su vida se decanta más por la historia y la genealogía, componiendo en total numerosos escritos de diversa consideración, que superan ampliamente las 250 obras (unas 276, si creemos al bibliógrafo Latassa).

El mismo Pellicer se encargó de ir dando noticia de lo que iba publicando y escribiendo, en repertorios bibliográficos que se ampliaban progresivamente, según pasaban los años. De esta forma, el libro titulado *Biblioteca formada de los libros y obras publicadas de don José Pellicer de Ossau y Tovar*, que indica en la portada Valencia, Gerónimo Villagrosa, 1671, comprende efectivamente hasta ese año, pero luego añade un apéndice o suplemento que llega hasta 1674, y la fecha final es la de primero de diciembre de 1676. De este repertorio, ordenado por años y adornado de diversos comentarios, proceden algunas de nuestras referencias bibliográficas, porque muchas de sus obras iniciales no se han conservado, aunque el autor indica expresamente que se imprimieron y se habrán perdido. En la actualidad, muy pocos textos poéticos o críticos son accesibles al lector o al estudioso, reducidos, en el primer caso, a breves fragmentos en contadas antologías de carácter gongorino, como la *Antología de la poesía*

<sup>12</sup> Hay que añadir, como recuerda Dámaso Alonso, *Góngora y el Polifemo, Góngora y el gongorismo, Obras completas*, Madrid, Gredos, 1984, vol. VII, p. 78, n. 24, el "Panegírico a la creación del cardenal don Enrique de Guzmán y Haro (cols. 749-775). Se trata del poema que comienza con el verso "Generoso mancebo", una de las últimas composiciones de don Luis. Una buena edición actual de este texto en Luis de Góngora, *Canciones y otros poemas de arte mayor*, ed. José María Micó, Madrid, Espasa Calpe, 1990, p. 221 y ss.

<sup>13</sup> Pellicer fue el primero en publicar el *Panegírico al Duque de Lerma*; dice de él que es la obra que prefiere entre todas las de Góngora, quizás por el tema de carácter histórico, acorde con el oficio de cronista del comentador.

<sup>14</sup> He aquí una dura opinión sobre su labor histórica y genealógica de un crítico del siglo XIX: "Don Joseph Pellicer de Ossau, después de una juventud poco digna, había conseguido poderse titular tranquilamente cronista mayor de España. Era un literato universal: sus obras pasan de doscientas, porque a él no le arredraba ningún asunto, incluso la historia del ave fénix; muchas de grandes dimensiones, como historias universales con los títulos de *Demonstración de los tiempos*, y *Anales de la Iglesia y del mundo*, y de *Cadena historial, o Historia de las historias del mundo*; historias de España con los de *Aparato de la monarquía antigua de España*, y de *Anales de la gran monarquía de las Españas, así eclesiásticos como seculares*; una historia de la casa de Austria con el de *Corona Habsburgi-Austriaco-Hispana*; otra de la nobleza española con el de *Teatro genealógico de los Grandes, Títulos y Señores de vasallos de España*; y entre los poemas tiene alguno

culterana, de Ángel Pariente<sup>15</sup>, ausente, sin embargo, en otras igualmente específicas como la de Gerardo Diego<sup>16</sup>, *Antología poética en honor de Góngora*, o la *Poesía de la Edad de Oro*, volumen correspondiente al Barroco, que preparó José Manuel Bleuca<sup>17</sup>.

Cuando el interesado se aproxima a las *Lecciones solemnes* se tiene la impresión de que estamos ante un libro blindado contra la envidia, como indican los textos y el

---

de dos mil octavas: era el Lucas Jordán de las letras. Nació con su siglo y le vio casi terminar. Jamás personalidad humana llegó a encarnarse más profundamente en su época; Pellicer fue el siglo XVII hecho hombre. Ninguno llevó más allá la preocupación nobiliaria, la idolatría monárquica, la curiosidad literaria frívola, la ostentación de erudición de aparato. Encontró en boga los cronicones y se afilió en el círculo de Ramírez de Prado, en cuyos trabajos tomó parte muy activa. Allí estrechó particular amistad con Tamayo de Salazar, a quien suministró materiales de toda ley para su Martirologio. Disolvió el tiempo aquel círculo; los cronicones comenzaron a perder terreno, faltos de poderosos protectores; los hombres independientes y de inteligencia elevada les volvían las espaldas, y su defensa quedó a cargo de escritores de segundo orden. Pellicer, conociendo que aquella causa no tenía ya porvenir, se pasó a los contrarios, y creyendo que la exageración sería prenda de su sinceridad, mostróse más terrible atacando que lo había sido defendiendo. No quedó arma que no esgrimiera contra los cronicones, excepto contra Aulo Halo, de que había sido uno de los aprobantes. / Era la especialidad de Pellicer las genealogías, género en que hacía verdaderamente primores. En la de nuestro rey probó que en el siglo XII todas las testas coronadas de Europa descendían de Pelayo, y que el huérfano de san Hermenegildo, que Máximo había tan prematuramente enterrado en Constantinopla, no había muerto, sino que bajo el nombre de Atanagildo había sido abuelo del rey Ervigio; todo para poder decir a Carlos II que por sus venas corría sangre de un príncipe mártir. En tal especialidad, entonces muy lucrativa, no tenía rival; de todas partes le llovían encargos de redactar memoriales de calidades y servicios, pretensiones de títulos, grandezas, coberturas y tratamientos, justificar sucesiones, formar árboles genealógicos y escribir crónicas de casas ilustres; usurpábanle el nombre para autorizar documentos de esta clase hechos por otros, y aclamábanle oráculo de la nobleza. Profesión la de genealogista ocasionada a contraer hábitos de ficción, Pellicer los adquirió bien pronto; pliege moral que conservó toda su vida. Llevó a la reunión de Ramírez de Prado un *Cronicón de don Servando*, confesor de los reyes don Rodrigo y don Pelayo, canónigo y obispo de Orense, traducido en dialecto gallego y adicionado por don Pedro Seguíno, obispo que realmente ocupó aquella sede en el siglo XII. No era el objeto principal de esta ficción atestiguar sobre santos, rellenar episcopologios, ni anticuar orígenes de ciudades, aunque de todo esto tiene, sino otro más inmediatamente encaminado a la utilidad y provecho del que la exhibía, cual fue el de crearse una autoridad para remontar las estirpes de las familias adonde bien pareciese”, José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones* [1868], Madrid, Tres catorce diecisiete, 1981, pp. 281-284.

<sup>15</sup> Ángel Pariente, *Antología de la poesía culterana*, Madrid, Júcar, 1980; en p. 131 y ss., se incluyen dos fragmentos de *El Fénix y su historia natural* (1630), correspondientes a la “Descripción del bosque” y la “Descripción del Fénix”, además de una breve nota introductoria. Son versos desmayados en los que se aprecian bien los recursos gongorinos a los que recurre y en los que emplea también conocidos elementos métricos, la silva, que remiten al mismo autor; he aquí el comienzo de la descripción del Fénix: “Un manto de escarlata real vestido / en rosicler plumado, en dos rubíes / a pedazos las alas carmesíes, / un collar de oro puro, aún más que bello / recama en torno el precioso cuello”, *ibid.*, p. 135. Por otra parte, creemos que se carece de un estudio completo de la aportación literaria de Pellicer, como señala en su magistral estudio Aurora Egido, *La poesía aragonesa del siglo XVII (Raíces culteranas)*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1979, p. 9: “He de señalar que se hacen necesarias algunas omisiones, como la del estudio pormenorizado de la amplísima obra de un escritor aragonés residente en Madrid, José de Pellicer. Sus relaciones con los poetas de Aragón han sido apuntadas con detalle por Ricardo del Arco, y Dámaso Alonso ha destacado, con acierto, su función en las polémicas en torno a Góngora, pero aún falta una visión completa del prolífico autor de las *Lecciones solemnes*”.

<sup>16</sup> *Antología poética en honor de Góngora*, recogida por Gerardo Diego, Madrid, Alianza, 1979, cuya primera edición apareció en 1927. Se trata de una inteligente recopilación en la que se incluye una selección de lo que el poeta Gerardo Diego conocía en ese momento del movimiento culterano, aunque no están presentes en sus páginas todos los versificadores que el recopilador había leído; así, por ejemplo, recuerda los versos de Anastasio Pantaleón de Ribera: “Poeta soy gongorino, / imitador valeroso / del estilo que no entienden / en este siglo los tontos”, *ibid.*, p. 28, pero no incluye ningún poema suyo en la antología. Precisamente de este poeta ha aparecido hace poco una buena recopilación: Anastasio Pantaleón de Ribera, *Obra selecta*, ed. Jesús Ponce Cárdenas, Málaga, Universidad, 2003.

<sup>17</sup> *Poesía de la Edad de Oro. II. Barroco*, ed. José Manuel Bleuca, Madrid, Castalia, 1984.

emblema del comienzo de la edición (en el que dos perros o, quizás, dos lobos<sup>18</sup> babeantes, intentan atacar a un erizo replegado sobre sí mismo, bajo el lema "Ultrix Invidiae Modestia", "La modestia, vengadora de la envidia"), al mismo tiempo que su autor lleva a cabo un alarde extraordinario de erudición y conocimiento de los textos clásicos, elementos imprescindibles para una interpretación adecuada de los poemas gongorinos.

Sin entrar en esta ocasión en muchas profundidades, queremos resaltar la gran admiración que el cronista aragonés parece sentir por la figura y por la obra del poeta cordobés, lo que se traduce en la práctica en la preparación de la presente edición comentada y en la composición de algunos escritos prologales, a manera de semblanza biográfica, en otros impresos de la época. En este sentido, a él se debe también una vida de Góngora inserta en la edición de Hoces, como él mismo señala en su repertorio bibliográfico, al referirse a su aportación correspondiente al año 1634: "Vida de don Luis de Góngora y Argote, Príncipe de los poetas líricos. Imprimiôla con sus obras todas don Gonzalo de Hoces y Córdoba, Caballero del orden de Santiago, veinte y cuatro de Córdoba, en la edición que hizo dellas el año 1634. Después se ha estampado en las demás"<sup>19</sup>. En realidad, un texto parecido debía haberse incluido en las *Lecciones solemnes*, pero, agobiado por los problemas de la imprenta, Pellicer promete incluirlo en el tomo segundo de su edición gongorina<sup>20</sup>, que nunca apareció, aunque quedan algunos fragmentos manuscritos de la misma y una vida del escritor<sup>21</sup> prácticamente terminada que se rescató a comienzos del siglo XX.

Los elogios a Góngora, repartidos a lo largo de los textos preliminares, son muy abundantes. De esta forma, en la dedicatoria al Cardenal Infante, hermano de Felipe IV, habla "de aquel varón tan grande que negoció con sus obras ser el mayor de su siglo, que con esto digo que es don Luis de Góngora"<sup>22</sup>. Viene luego una defensa de su labor como editor y comentarista del poeta: "si bien, los escritos deste insigne hombre tiene ganado el aplauso general, no el común, en todos, podrá ser que los desayude mi insuficiencia y los haya maleado mi ignorancia, o desentendiéndolos o interpretándolos a diferente luz de la que su autor quiso dalles"<sup>23</sup>. Recuerda además, que el poeta cordobés fue objeto de envidia como consecuencia de la calidad de sus obras: "tuvo en vida este príncipe de los poetas líricos de España -escribe- muchos enemigos, aunque está muy

<sup>18</sup> La sugerencia de que fueran "lobos" se basa en el nombre latino de estos cánidos, *lupus*, que se encuentra en la raíz del apellido Lope, por alusión a Lope de Vega; sin embargo, Pellicer, al final de su texto contra sus impugnadores, en el que hay tantas alusiones ofensivas a Lope, señala que se trata de perros: "que a mí me enseña a perdonar enemigos sola mi modestia, pues en ella misma hallo yo la venganza, como lo doy a entender en el erizo encogido y los perros, fuera de que es imposible que no sea gran venganza el desprecio de las injurias", José Pellicer de Salas y Tovar, "A los ingenios doctísimos de España, beneméritos de la erudición latina", *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Imprenta del Reino, 1630, preliminares sin paginar, grafía actualizada.

<sup>19</sup> *Biblioteca formada de los libros y obras publicadas de don José Pellicer de Ossau y Tovar*, Valencia, Gerónimo Villagrosa, 1671, f. 18 v., grafía actualizada.

<sup>20</sup> "A los lectores. Yo había dispuesto que se estampase aquí la vida de Don Luis de Góngora, que tengo escrita, junto con los elogios de varones insignes que hacen en sus escritos mención honrosa dél. No ha podido conseguirse esto, porque fue necesario sacar nueva licencia del Consejo para imprimirla, y siendo forzosa la dilación, era cierta la mala obra que se le hacía al librero en detener el despacho del libro. Por esto, y por la priesa que daban los deseosos dél determiné dejar la vida para el segundo tomo de *Lecciones solemnes*, donde saldrá con todas las demás obras muy brevemente", José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., preliminares, grafía actualizada.

<sup>21</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, *Vida inédita de Góngora*, ed. Aurelio Baig Baños, op. cit.

<sup>22</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., preliminares.

<sup>23</sup> *Ibid.*

en duda si lo son los envidiosos, que irritados de genio tan más allá de todos, que pudo y supo mejorar el idioma castellano, enseñando rumbo, entre la novedad misma docto y grave, con la imitación de griegos y latinos, conspiraron contra él, y echando la culpa al estilo, bien admitido de todos y mal imitado de muchos, de cuanto los causaba su ingenio, se dio por ofendida la calumnia, se agravió la envidia, y confederadas con la ignorancia, como tan parienta suya, intentaron hacerle guerra, que resistió prudente, venció humilde, porque despreció modesto”<sup>24</sup>. En estas últimas palabras encontramos prácticamente aclarado el sentido del emblema que aparece al principio del libro, como ya hemos indicado. Pellicer señala que, aún después de muerto, don Luis siguió contando con enemigos: “No se deshizo de sus émulos aun muriendo, que hay rencores de calidad tal que no contentos con lo obstinado de durar lo que una vida, se extiende su tesón hasta después de las cenizas”<sup>25</sup>, en lo que es posible que el comentarista se esté refiriendo a Lope de Vega y a diversos seguidores de la misma facción. Claro que, ahora a la sombra del poderoso Cardenal Infante, los atrevidos murmuradores y envidiosos tendrán que contenerse. Otras referencias son fácilmente espigables en los textos del comienzo, especialmente en el titulado “A los ingenios doctísimos de España, beneméritos de la erudición latina”, en el que no vamos a entrar en esta ocasión, pero que es una defensa de la poesía gongorina y al mismo tiempo un ataque solapado contra sus detractores. Igual sucede en algunos lugares de su vida inédita, cuyas líneas finales se encuentran entre las más encendidas alabanzas del lírico cordobés que conocemos: “si bien varón tan grande como don Luis merecía espíritu más elevado que el mío, y no entiendan sus enemigos que ha muerto, pues en sus obras vive inmortal, contra el tiempo, y a pesar de las envidias, ha de durar su memoria eterna contra el tesón de los años y la porfía de los siglos, que en cuanto el mundo permaneciere ha de estar constante el nombre heroico de don Luis de Góngora”<sup>26</sup>. Pensamos desde nuestra perspectiva actual que la posteridad le ha dado la razón a esta alabanza.

Sorprendente resulta, sin duda, para un lector de nuestra época, la enorme erudición de que hace gala en el momento de comentar los textos gongorinos, tarea que había propuesto al propio lírico en vida, pero que éste había rechazado modestamente<sup>27</sup>. De esta forma, al comienzo de la obra, se incluye un “Índice de los autores que don José Pellicer cita en estas *Lecciones solemnes*, divididos en setenta y cuatro clases”, donde se encuentran enumerados todos los autores de textos bíblicos y patrísticos, junto con una legión de santos, teólogos e intérpretes de la sagrada escritura, amén de jurisconsultos, médicos e historiadores, procedentes de todas las culturas y que escriben en las lenguas más dispares. Sin duda que tantos conocimientos, reales o supuestos, pero expresados como un alarde inusitado, casi agresivo (dos mil quinientos autores consultados y más de doce mil referencias o textos para autorizar ideas)<sup>28</sup> resultaría molesto para muchos

<sup>24</sup> Ibid.

<sup>25</sup> Ibid.

<sup>26</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, *Vida inédita de Góngora*, ed. Aurelio Baig Baños, op. cit., p. 18.

<sup>27</sup> “Ofrecí yo en vida a don Luis el comentarle sus obras y aunque él lo rehusó entre la modestia y el agradecimiento, yo he querido cumplir mi obligación y estudiar de camino sus escritos, para que arrimado yo a su fama consiga por él algún género de opinión”, José Pellicer de Salas y Tovar, *Vida inédita de Góngora*, ed. Aurelio Baig Baños, op. cit., p. 18. Previamente había señalado que tuvo cierta relación personal con él y que le había prestado algunas composiciones poéticas (de Pellicer): “Amaba los ingenios y se alegraba con ellos, tanto que, comunicándole yo algunas puerilidades mías, se las hacía repetir muchas veces diciendo que le remozaban. Fue docilísimo y se reducía con facilidad a enmendar lo que le censuraban, ibid., pp. 16-17.

<sup>28</sup> Así lo indica el propio autor al final de la obra: “Con esto, a mi parecer, quedan sosegadas tantas contiendas como sobre este escrúpulo ha habido, y yo he llegado a ver el fin a este *Primer tomo* de mis *Lecciones solemnes a don Luis de Góngora*, en el cual, si no se me agradeciere el trabajo que he puesto y el

de sus contemporáneos, y posiblemente para los consagrados más que para los que se estaban iniciando entonces en el campo de las letras, de tal manera que el gran Lope de Vega, al que no gustarían nada las alabanzas que dedicó Pellicer a Góngora, escribe en el *Laurel de Apolo*, compuesto en torno a estos años:

Ya don Jusepe Pellicer de Salas  
con cinco lustros solos sube al monte,  
ya nuevo Anacreonte,  
fénix extiende las doradas alas,  
que el sol inmortalice;  
y pues él mismo dice  
que tantas lenguas sabe,  
busque entre tantas una que le alabe<sup>29</sup>.

Los comentarios de Pellicer abarcan un total de 636 columnas de letra minúscula y densa, de tal manera que, si se hiciera una transcripción y edición moderna, que no se ha hecho, la totalidad no abarcaría menos de mil páginas. Solamente para comentar la primera octava del *Polifemo*, el crítico emplea 18 columnas, unas 18 páginas actuales. Muchos de los excursos de este comentarista son amplísimos y, en diversas ocasiones, no vienen muy a cuento, como el dedicado a la descripción de las provincias o naciones de Europa, que abarca más de diez columnas, y todo porque el poeta había dicho en la octava 18 del *Polifemo*: “de cuyas siempre fértiles espigas / las provincias de Europa son hormigas”. Hay otros que hablan de los ardores de la juventud y de su remedio o la peregrina cuestión de si las doncellas pueden ser preñadas por medios milagrosos, sin intervención directa del hombre<sup>30</sup>, cosa que efectivamente confirma con múltiples

---

estudio que me cuesta explicar tan difíciles conceptos, frases tan nuevas y estilo tan culto como el de nuestro poeta, no culparé mi cuidado, sino mi fortuna, que es distinta cosa la diligencia del acierto. Pero por lo menos haber ojeado para esta obra más de dos mil quinientos autores de todas lenguas y todas ciencias, y haberla ilustrado con más de doce mil autoridades, noticias y estudios requieren. Los doctos y los que juzgan sin pasión conocerán la fatiga y la agradecerán, que de los que están acechando mis obras, para decir que no son más si parece bien, o para esforzar que sean malas, no hago caso, que a éstos les daré por respuesta el desprecio, o los dejaré con su dolor mismo, que los castigue, aun más que los acompañe”, José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., cols. 834-835. Tras una cita de Tertuliano, Pellicer continúa: “Hallarán, pues, aquí por lo menos un borrador de noticias los estudiosos de todas facultades, los teólogos, juriconsultos, filósofos, médicos, filólogos, matemáticos, astrólogos, críticos, poetas, geógrafos, cosmógrafos, cronólogos, historiadores y gramáticos, y los mal contentos también, que ya viene a ser ciencia la calumnia y facultad la emulación, tendrán mucho que culparme en los hierros que habré cometido, pero advirtiéndomelos con celo, no con malicia, y con deseo de que me corrija, más que con gusto de que haya errado; procuraré enmendarlos en el *Tomo segundo* de mis *Lecciones solemnes* a todas las demás obras de don Luis de Góngora, que publicaré con el favor de Dios muy presto”, *ibid.*, cols. 835-836. Estas apreciaciones subjetivas están avaladas por la opinión del jesuita Juan Luis de la Cerda, que había sido maestro de Pellicer y que se asombra de que con tan poca edad haya alcanzado tanto conocimiento, ideas que manifiesta en la censura de la obra: “en el cual he hallado una extraordinaria y muy general erudición de gran estudio y lección, que no fácilmente se hallará semejante en lengua española, de la cual será gloria que no tenga que envidiar a la curiosidad latina; heme admirado que en tan pocos años haya habido lugar para ver tanto”, *ibid.*, preliminares. La censura está firmada en Madrid, a 14 de junio de 1628.

<sup>29</sup> Lope de Vega, *Laurel de Apolo con otras rimas, Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso*, Madrid, Antonio de Sancha, 1776, tomo I, pp. 154-155. Sobre las polémicas con Lope vid. referencias bibliográficas indicadas anteriormente.

<sup>30</sup> Esto, que pudiera tomarse como un curioso antecedente de la inseminación artificial, se sitúa en un contexto relacionado con los íncubos, o demonios masculinos; he aquí un fragmento de su razonamiento: “porque la procreación del hombre es acto de cuerpo viviente, y los demonios carecen de toda multiplicación



autoridades. Con frecuencia viene a la mente la frase de William Blake: "El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría"<sup>31</sup>. Claro que Pellicer se permite, en alguna ocasión, incluso corregir el pensamiento o las afirmaciones gongorinas, como cuando mantiene, en contra del poeta, que la ninfa Galatea sí recibía culto en un templo. Góngora había escrito en el verso final de la octava 19, de la *Fábula de Polifemo y Galatea*:

deidad, aunque sin templo, es Galatea.

A lo que el comentarista había objetado que en un escritor clásico, Luciano de Samosata, en la *Historia verdadera*, sí aparecía un santuario en que se daba culto a la ninfa mencionada<sup>32</sup>. Claro que, la mencionada *Historia verdadera* es una obra llena de invenciones fantásticas y mentiras, una parodia de la historia, con lo que hay que concluir que don Luis efectivamente tenía razón en lo que afirmaba.

Con todo, y teniendo en cuenta la información que nos ha llegado por otros cauces contemporáneos, sabemos que sus aportaciones críticas a los versos de don Luis no parecen haber sido completamente originales, sino resultado en algunos casos de determinados plagios o copias<sup>33</sup>, aunque el propio autor se encarga de hacernos llegar opiniones positivas sobre sus textos, como el que escribió desde la ciudad de Lima, en 1634, el antequerano don Rodrigo de Carvajal y Robles, que era corregidor y justicia mayor de la Provincia de Alesuyo y Villa de Mosquejua, autor del *Poema de la conquista de Antequera* (1627). Refiriéndose a estos comentarios gongorinos, Carvajal escribe:

---

de individuo y especie, en que erró Gregorio Nissen, *lib. de natu.daem.c.18*, pero puede el demonio con permisión divina tomar el semen derramado en algún acto carnal y conservándolo aplicarle con tanta celeridad a la doncella dormida que no se evaporen los espíritus vitales y infundille con todas las circunstancias necesarias para la generación, como enseñan San Agustín *lib. 3 de Trinit.*, Santo Tomás *in sent. 2.*, Pedro Binsfeldio *in confess. malef. membr. 1. conclus. 5*, de que puede quedar preñada porque naturaleza sólo pide la mezcla de ambas materias de varón y mujer, conforme Galeno *lib. 1. de Gen.* y los que refiere Iabelico *lib. 8. Meth. quaest. 17.*, sin importar que el semen se derrame por concurrir el hombre, o demonio, que el hombre sólo nace del verdadero semen de mujer y hombre", José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., col. 212.

<sup>31</sup> William Blake, "Proverbios infernales", *El matrimonio del cielo y del infierno*, *Poemas proféticos y prosas*, Barcelona, Barral Editores, 1971, p. 98.

<sup>32</sup> Escribe Pellicer, con mal disimulada jactancia: "Decir que Galatea no tuvo templo, ni hubo memoria de que le tuviese en los poetas o historiadores antiguos, es no haberlos visto a todos, y contentarse con algunos, sin haber ahondado en la erudición; y así al que lo dijere, le cito al tribunal de Luciano que, aunque griego, está traducido en latín, y dice en el *Libro 2. de la historia verdadera* así del templo de Galatea: "*In media insula templum Galatheae Nereidi sacrum exstructum erat, ut inscriptio declarabat*", José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., col. 143. He aquí el contexto de la frase, en la traducción española, teniendo en cuenta que la *Historia verdadera* es una narración paródica de los libros de viajes de la época o de los relatos utópicos: "No mucho más tarde entramos en un mar, no de agua, sino de leche, y al momento distinguimos una isla blanca llena de viñas. Era la isla un gran queso, completamente endurecido, según pudimos comprobar más tarde al probarlo, y tenía un perímetro de veinticinco estadios. Las viñas estaban llenas de racimos que al exprimirlos nos dieron para beber leche en vez de vino. En el centro de la isla se levantaba un templo dedicado a la Nereida Galatea, según leímos en la inscripción. Durante todo el tiempo que permanecemos allí, la tierra nos proporcionó carne y pan, y como bebida teníamos la leche de los racimos", Luciano de Samosata, *Historia verdadera. Diálogos de las hetairas. Prometeo el Cáucaso. Timón o el misántropo*, trad. Eulalia Vintró, Barcelona, Labor, 1974, pp. 49-50. La traductora advierte que el nombre de Galatea ha sido escogido por su parecido con el término *leche* en griego, *galax*.

<sup>33</sup> Cfr. Alfonso Reyes, "Pellicer en las cartas de sus contemporáneos", *Cuestiones gongorinas* [1927], *Obras completas*, op. cit., tomo VII, pp. 131-145.

Por ti el Góngora divino,  
 honra de los andaluces,  
 habla claro en sus comentarios  
 porque tú solo construyes  
 su erudición con tal arte,  
 que no sin causa presume  
 el mundo que aquel maestro  
 te dejó doblado el numen<sup>34</sup>.

En obra tan densa y disforme, como son estas *Lecciones solemnes*, de un carácter tan poliédrico, hay muchas otras cuestiones que sería factible comentar, pero como no me gustaría parecerme a don José Pellicer en lo dilatado, aplazamos un acercamiento algo más profundo y pormenorizado para otra ocasión.

#### APÉNDICE<sup>35</sup>

[f. 1 r.]<sup>36</sup> A LOS INGENIOS DOCTÍSIMOS DE ESPAÑA, BENEMÉRITOS DE LA ERUDICIÓN LATINA, DON JOSÉ PELLICER DE SALAS S.P.D.O.

Comentar al mayor poeta de nuestra nación la menor pluma della parece que dice arrogancia y que suena a presunción, ¡oh grande y erudito teatro español!, pues es dar a entender que yo solo he alcanzado lo que todos confiesan que dificultan; y estoy tan lejos de tropezar en la confianza, que llego a pedir disculpa, entre la temeridad de haber intentado este asunto, de los errores de mi pluma y de los yerros de la prensa. Mucho intento ha sido, yo lo confieso, siendo el primero que me hago la acusación, por tomar los puestos a la malicia, cuando quiera ponerme este cargo; pero tengo en la misma culpa disfrazada la satisfacción, que sólo tanta insuficiencia como la mía podía atreverse a tanta cultura como la de don Luis de Góngora, pues en mis años viene a ser decente el atrevimiento, porque tiene la poca edad el perdón muy cerca de los descuidos, y se suple de la mocedad lo que falta de estudio, admitiéndole por verdor la puerilidad. Esta salida me enseña Quintiliano, dándome licencia para que no desdeñe el fruto de los estudios, aunque no esté maduro, que no implica lo verde para lo dulce: *Fructum studiorum viridem, et adhuc dulcem promi decet, dum et venia, et spes est, et paratus fauor, et autere non deceset, et si quid desit operi supplet aetas, et si qua dicta sunt iuuenister, pro indole accipiuntur*<sup>37</sup>. Con tal fiador me parece camino seguro, porque si

<sup>34</sup> *Biblioteca formada de los libros y obras publicadas de don José Pellicer de Ossau y Tovar*, op. cit., f. 150 v.

<sup>35</sup> Dado el interés que tiene este texto para los estudiosos gongorinos, y porque ha sido reproducido completo en escasas ocasiones, lo transcribimos a continuación, con escasa anotación por parte nuestra, e incluyendo las notas bibliográficas de Pellicer, que se encuentran en el margen lateral del impreso, precedidas de \*. Actualizamos las grafías en el texto castellano, así como la puntuación, pero mantenemos los rasgos gráficos de los textos latinos (u en lugar en v, en ocasiones, etc.), incluida la cursiva, en cuya transcripción puede haberse deslizado algún error, al igual que en los nombres de diversas autoridades, puesto que el impreso que manejamos no ofrece la claridad deseable y no podemos confrontar las citas con sus originales, en la mayoría de los casos, puesto que se trata de textos y ediciones antiguas con frecuencia difíciles de localizar. Sobre la importancia de este escrito en la polémica de Pellicer con Lope, es fundamental el estudio de Dámaso Alonso, "Como contestó Pellicer a la befa de Lope", *Estudios y ensayos gongorinos, Obras completas. V. Góngora y el gongorismo*, op. cit., pp. 676-696.

<sup>36</sup> Al tratarse de un texto de los preliminares, carente de número de página o de columna, como en el resto de la obra, hemos optado por señalar el comienzo de cada folio de este escrito, añadiendo la correspondiente indicación r. o v.

<sup>37</sup> \* *Quintil. lib. 12. cap. 6.*

erré voy a la censura con disculpa, si acerté, consigo más de buen aire a la alabanza. Además que la juventud tiene andada para el seso la parte de la desconfianza, y va con más tino costeadando las dificultades, hasta encontrar con la prudencia, que es la vejez más segura, y se llamará anciano el que ha vivido [f. 1 v.] mucho, sino el que ha sabido vivir más, que este género de canas no corre por cuenta de los años, porque está a cargo del seso. Paradoja es de la sabiduría eterna: *Senectus venerabilis est, non diuturna, neque annorum numero computata, cani autem sunt sensus hominis*<sup>38</sup>. Bien conocida la tuvo Ovidio cuando escarneció a un viejo de setenta y cinco años, tan maldiciente, tan murmurador y tan libre, que le obligó a decir que sólo su necedad y su locura estorbaba que le tuviesen por viejo:

*Stultitia est, quae te non finit esse senem*<sup>39</sup>.

Porque cuando la vejez cae sobre soberbia, arrogancia, presunción, ignorancia y desvanecimiento, es caduquez insolente y locura desenfrenada. Y así Job, dechado de paciencia, excluye a la vejez del juicio y a la ancianidad del seso: *Non sunt longae ut sapientes, nec senes intelligunt iudicium*<sup>40</sup>. No está vinculada la sabiduría a los que han vivido muchos años, ni está bien hallada la prudencia con las canas todas veces; fuera de que los aciertos en un mayor no son agradecidos, porque parecen más de la experiencia que del juicio, más de la edad que de la atención; y las medianías en los pocos años no sólo dicen cuidado presente, sino esperanza futura, y se van haciendo bien vistos para adelante. Cicerón lo dijo a Marco Bruto: *Sunt enim omnia sicuti Adolescentis, non tam re et maturitate, quem spe et expectationes laudati. Ab hac indole, iam illa matura*<sup>41</sup>. Allá Platón en su *Fedro*<sup>42</sup> hizo más estimación de la juventud erudita de Isócrates que de la vejez confiada de Lisias, porque le miraba entre la esperanza mayor y luce el acierto más cuando hay menos obligación a tenelle.

Todo este periodo mira a que se me sobrelleven los delitos que hubiere contraído en estas *Lecciones solemnes*, y esto se lo deben los doctos a sí mismos, que los ignorantes ya sé que están desobligados de todo lo que mirare a bien intencionado, pues aun a ser corteses no aciertan; y yo estoy ya tan enseñado a sus groserías que no extrañaré que intenten deslucir este libro, como lo han solicitado con otros cuatro que he publicado, haciendo tanto caudal dellos la malicia o la ignorancia, todo es uno, que ninguno se escapó de censura tan de mal aire que llegó a ser murmuración apasionada, calumnia libre y despejadísima insolencia, pues lo que debía ser invectiva erudita contra los escritos pasó a ser indigna sátira contra el dueño dellos. De modo que podré decir con David: *Saepe expugnauerunt meae iuuentute meae*, que desde mis primeros años comenzó a maltratarme la sinrazón, la envidia y la ignorancia; pero también diré: *Etenim non potuerunt mihi*, que no han podido hacerme flaquear, ni descaecer, pues en vez de encogermé, me animo a sacar este comento a luz, y tras él, si vivo, otros trabajos que tengo entre la lima y la estampa. Muchos han extrañado que yo tratase de comentar un poeta español que vivió [f. 2 r.] ayer, que le conocimos todos, y alguno que debe de sentirlo más, pero no bien, se dejó decir en unos coplones:

<sup>38</sup> \* *Sapient. cap. 4.*

<sup>39</sup> \* *Ouid. lib. Fast. 1.*

<sup>40</sup> \* *Iob. c. 32.*

<sup>41</sup> \* *Cicer. in Orat.*

<sup>42</sup> \* *Plat. in Phaedr.*

Pues se admiran de ver los que bien sienten,  
Que a quien escribió ayer, hoy le comenten<sup>43</sup>.

Pero respóndese a esto que, por esto mismo, porque escribió ayer, que si le dejaran pasar muchos años, fuera más difícil, y le sucediera lo que a todos los antiguos. Además de que no fue éste inconveniente bastante para que Cornuto dejase de comentar las obras de Persio, su discípulo, haciéndole su maestro mismo este honor. ¿Desmereció Alciato por moderno los comentarios de Claudio Minoe, Francisco Sánchez Brocense y Diego López a sus *Emblemas*? ¿Alexandro de Alexandro no tuvo por comentador a Andrés Tiraquelo y Juan Rosino a Tomás Dempstero? ¿En Francia, Guillermo Salustio, Señor de Bartas, y Pedro Ronsardo, apenas muertos, cuando [fueron] comentados por Gabriel Lermeo y Marco Antonio Mureto? ¿En Italia no comentó Alberico Rosat I. C. las *Comedias* [sic] de Dante Alígero? ¿Alexandro Betuleyo las *Obras* de Francisco Petrarca? ¿En el *Orlando* de Ludovico Ariosto no hizo muchas diligencias y enmiendas Jerónimo Rusceli? ¿En Torcuato Tasso, Camilo Camili y Filipo Paruta? Jerónimo Vida, Ángelo Policiano, Bautista Mantuano y Michael Verino apenas murieron cuando los comentaron muchos. En España comentó a *Mingo Revulgo*<sup>44</sup> Fernando del Pulgar; a Juan de Mena, el Comendador Griego y el Brocense; a Garcilaso, Fernando de Herrera, el Brocense y don Tomás Tamayo; a Alvar Gómez, Alejo de Venegas, todos varones grandes y dignos de eterna memoria, que no desdeñaron el comentar las obras de otros, aunque fuesen modernos; y yo estimo más errar con ellos que acertar con la envidia.

Tres cosas me empeñaron en este comentario. La primera ser don Luis de Góngora el mayor poeta de su tiempo en nuestra nación, competidor, sin duda, de los más eminentes en Grecia, Roma, Italia y Francia, y parecerme a mí, y a todos, que en sus obras hallaría bastante campo para descoger mucha erudición, por estar sembradas sus frases de imitaciones griegas y latinas, llenas de fórmulas y ritos de la antigüedad, que es lo que da materia para que pueda lucir el que comenta; y esto cae sobre ser en proporción la cantidad de las obras de don Luis, que no son tantas que desaniman, ni tan pocas que congojan, sino un medio que hace dulce el trabajo que se pone en ellas, y la misma

<sup>43</sup> Este texto, desdeñosamente tildado como “coplones” por el irritado Pellicer, como algún otro que señalaremos luego, pertenece al *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, silva IX, en este caso, que está dedicada a criticar la nueva poesía de Góngora y a los comentaristas de la misma (sobre todo a Pellicer):

Añadió que el laurel merecería  
quien con su pura y cándida poesía  
venciese los demás, no en versos duros,  
que ponen la excelencia en ser oscuros;  
pues se admiran de ver los que bien sienten  
que a quien escribió ayer hoy le comenten,  
y que no propusiesen alabanzas  
en censuras fingidas,  
con falsas esperanzas  
de que serán creídas,  
no sin risa escuchadas,  
en su soberbia y vanidad fundadas.

Lope de Vega, *Laurel de Apolo con otras rimas*, Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso, op. cit., tomo I, pp. 187-188. La maliciosa referencia de Lope a las alabanzas propuestas en censuras fingidas puede estar dedicada a la censura del jesuita Juan Luis de la Cerda, que había alabado precisamente a Pellicer en los preliminares de las *Lecciones solemnes*.

<sup>44</sup> Se trata de las conocidas “Coplas de Mingo Revulgo”.

fatiga parece que enjuga el sudor, viendo que por ellas llegó a ser tan afamado en el mundo, y que tan pocos escritos le dieron más opinión que a otros muchos tomos de versos, por donde le viene bien lo que Marcial escribe de Persio:

*Saepius in libro memoratur Persius vno  
Quam leuis in tota Marsus Amazonide*<sup>45</sup>.

[f. 2 v.] Que fue más nombrado Persio y cobró mayor opinión con sólo un libro que Marso liviano con muchos volúmenes, que no importa escribir versos y más versos para alcanzar el laurel, que llegará más presto lo poco si es bueno, porque lo mucho más embaraza que ayuda. Hace alusión a esto un epigrama de Adán Sibero Chemnicense, poeta alemán, cuyo lema es de *Lauru poetica*, que escribió contra uno muypreciado de que dictaba muchos versos al correr de la pluma, sin hermosura y sin imitación de los antiguos, y pretendía por ello que Apolo le laurease:

*Tercentum pede stant facis Philautus  
Vno carmina, nec satis venusta,  
Nec vlla veterum emulatione;  
Ad laudem putat et sibi Poeta  
Deesse nil nisi Laurum Apollinarem,  
Stultus qui fieri putet Poetam  
Ligni frodibus vllius, Poetam  
Non Laurus, sua sed facit camoena*<sup>46</sup>.

La segunda razón porque me entré por el riesgo de comentar a don Luis fue habérselo prometido en vida a él mismo, las veces que deseoso de estudiar en él cuanto ignoraba dél, le comuniqué, y he sido tan fiel observador en cumplir lo que aun él rehusó modesto, que me expongo a las calumnias de sus enemigos y a los ceños de los míos, y a que parezca mal por él y por mí lo que dicho por otros acaso fuera estudio sumo, acierto grande y erudición mucha, que está muy introducido en todas edades que se mande la envidia, no por el entendimiento, sino por la voluntad, no por la razón, sino por el antojo, no hacia las obras dignas de estimación, sino hacia las personas que las hacen; sentencia es de Veleyo Paterculo: *Familiares est hominibus, omnia sibi ignoscere, nihil aliis remittere, et invidiam rerum non ad causas, sed ad voluntatem, personasque dirigere*<sup>47</sup>. No me ha sido embarazo este como miedo para que yo deje de cumplir mi oferta, porque sé que al fin desesperada la malicia de congojarme, ha de buscar materia más fácil en que hacer presa, porque la emulación que alienta los ingenios y los encamina a la envidia en topando con la modestia con dificultad prosigue. ¡Oh, cómo me consuela el príncipe de los cómicos antiguos, Plauto, en su *Truculento*, que tiene por mayor la felicidad de ser envidiado de los enemigos que envidiarlos! Porque hacerme pesar entre mis defectos las fortunas ajenas es desdicha, confesando que son los envidiosos pobres y ricos los envidiados:

*Mauelim mihi Inimicos inuidere, quam me inimicis meis,  
Nam inuidere aliis bene esse, tibi male esse, miseria est:*

<sup>45</sup> \* Marcial. Lib. 4. Epig. 29.

<sup>46</sup> \* Adam Siber. part. 6. Delitia German. fol. 187.

<sup>47</sup> \* Vellei. lib. a. Histor. cap. 30.

*Qui inuidet, egent, illi, quibus inuidetur, rem habent*<sup>48</sup>.

La mayor hazaña y la mayor erudición de la vida es saber negociar [f. 3 r.] envidias y la mayor dicha de todas es no envidiar a nadie, pero hay muchos que blasonan de no envidiar, y si le tomasen su dicho al pensamiento y juramento al alma, confesaría como el otro necio: *Summa felicitas inuidere nemini*, que era mucha felicidad no envidiar a nadie, pero que no se ajustaba lo interior con las apariencias, ni decía el entendimiento lo que el labio, que hay palabras que salen en público sin que sepa el corazón dellas, y no conviene todas veces lo cándido del pecho con lo oscuro de la intención.

El tercer impulso fue la lástima de ver las *Obras*<sup>49</sup> de don Luis impresas tan indignamente, acaso por la negociación de algún enemigo suyo, que mal contento de no haberle podido deslucir en vida instó en procurar quitarle la opinión después de muerto, trazando que se estampasen sus obras, que manuscritas se vendían en precio cuantioso, defectuosas, ultrajadas, mentirosas y mal correctas, barajando entre ellas muchas apócrifas y adoptándoselas a don Luis, para que desmereciesen por unas el crédito que había conseguido por otras. Al fin salieron estampadas a luz, tan sembradas de horrores y de tinieblas que, si el mismo don Luis resucitara, las desconociera por suyas, como de Ausonio dijo Joseph Scalígero<sup>50</sup>. Salieron también sin nombre, dando ocasión para que por libro anónimo se recogiesen por edictos, que todo esto sabe causar la envidia y la malicia cuando compite con el ardid en vez de mérito, y con la estratagema en lugar de suficiencia. ¡Oh grande resplandor de la virtud, que ciega los ojos al conocimiento, para que deslumbrada la calumnia choque colérica con la verdad y se estrelle con la razón! Rara cosa que no invidiemos al romano, que nos haga congoja ver florecer al flamenco en las letras, que admiremos al francés docto, que veneremos lo lejos de cualquier extranjero, y que guardemos los desprecios, las iras, los odios y los ceños para nuestros españoles. ¿Que nos merezca la cercanía desestimación y alabanzas lo forastero? Queja es que la dio primero que yo San Zenón, obispo de Verona: *Non enim Aegyptio inuidet Scythia, aut Britanno Indus aemulatur, sed vnusquisque gentis suae hominibus, et contribulibus inuidet; et non ignotis quibusque, sed vicinis et proximis ac familiaribus suis, imo vero his, qui vel artificii eiusdem vel officii, vel operis existunt*<sup>51</sup>. Que esté el estudioso desvelándose para sacar un trabajo a los ojos de los doctos, y que esté el mal intencionado acechando, para cargarle de calumnias, no más de porque es obra de su enemigo, sin averiguarle más defectos, gran congoja puede hacer, y más si el tal maldiciente saliese alabado sin merecerlo en el mismo libro, pero los tales más se indignan con los beneficios. Murmurador despejado y atrevido, que te estás abrasando en la envidia, si yo acierto, en vano me calumnias; si voy errado, ¿por qué no me tienes lástima? [f. 3 v.] *Si vero fallitur Adolescens, frustra inuidetis erranti, non inuidia, sed miseratione dignus est, qui illuditur*, dice San Zenón hablando de Joseph, perseguido de sus hermanos: que siempre los deste nombre traen consigo el azar de ser molestados de la envidia, bien que las detracciones les han servido siempre de retocar con golpes de lucimiento su modestia. Entre la mucha que yo tengo bien se me permite decir el trabajo que me ha costado escribir este primer tomo de *Lecciones solemnes*, porque los

<sup>48</sup> \* *Plaut. Act. 4. scen. 2.*

<sup>49</sup> Se refiere a las *Obras en verso del Homero español* (1627); sobre los problemas que planteó esta edición cfr., Dámaso Alonso, "Prólogo a *Obras en verso del Homero español*", *Góngora y el gongorismo. VI. Obras completas*, Madrid, Gredos, 1982, pp. 455-500.

<sup>50</sup> \* *Scaliger. in Epist.*

<sup>51</sup> \* *B. Zen. Serm. de Liur.*

autores que he visto son muchos, como puede verificarse luego, las autoridades han sido infinitas y no sacadas de *Poliantreas*, como pretende notarme alguno en mi *Fénix*, que piensa me sucede a mí lo que a él, pues hay muchos que regulan por sus defectos los que sospechan en otros, o si no el curioso vaya cotejando los lugares, y por el que hallare le doy licencia para que diga que lo son todos.

La disposición que he guardado en este comentario ha sido poner el texto del poeta, y luego la explicación, o paráfrase para los que no supieren latín, explicando el sentido lo más ajustadamente que yo he sabido. Habré errado en muchas cosas, ¡quién lo duda!, que no ha de estar el acierto de parte de la mortalidad siempre; corríjalas el docto, o apúntelas, y murmúrelas el ignorante, o refútelas. Síguense luego las notas, que es la noticia de los lugares que imitó de poetas, oradores y otros escritores sagrados y profanos don Luis. Aquí se admirará la ignorancia, porque se engaña bisonamente el que escribió que la admiración era muy estrecha parienta del entendimiento, y que el admirarse arguía ingenio grande. Yo estoy tan lejos de conceder este desatino que tengo por loco al que lo defiende; y añadido que solamente es ignorante el que se admira y que es pedazo de felicidad no admirarse. Los que han estado mal con el estilo de don Luis, ¿qué causa dan para ello? No otra sino que se haya desviado del camino vulgar, como quien se aparta de la humildad y llaneza de una vega<sup>52</sup> y procura abrir senda en lo más fragoso de una montaña. Entró la emulación a incitar los ingenios con la novedad, encendióles la envidia y la admiración, procuraron imitarle, no pudieron; caducó el deseo con la esperanza y, dejando de seguir lo que no podían alcanzar, se quedaron entre la vulgaridad, acompañados de la admiración y la envidia. Mejor lo dijo que yo Paterculo: *Alit aemulatis ingenia: et nunc invidia, nunc Admiratio incitationem accendit: naturaque quod summo studio petitum est, ascendit in summum: difficilisque in perfecto mora est, naturaliter quod procedere non potest, recidit et ut primo ad consequendos, quos priores ducimus, ac endimur, ita vbi aut praeterari, aut aquaricos posse desperauimus, studium cum spe fenescit, et quod assequi non potest, esse definit et velut occupatam relinquens materiam quaerit nouam, praeteritque eo, in quo emmere non pos[su]m, aliquid in quo mitamur, conquirimus*<sup>53</sup>. Véase aquí como junto la envidia y la admiración, porque está tan lejos la admiración de parecerse al entendimiento, que dijo Aristóteles: *Qui vero dubitat et admiratur, putat se ignorare*<sup>54</sup>. El que duda y se admira es evidente que está confesando su ignorancia. El que se admira de que don Luis pudiese hallar nuevo rumbo para las musas es ignorante, y no se vale, ni sabe aprovecharse de la admiración para discurrir cómo pudo, confesándome con Aristóteles que de la admiración nació la filosofía. *Propter admirationem enim et nunc, et primo coeprunt homines philosophari*<sup>55</sup>, porque estaban en los primeros siglos los hombres tan rudos que todo era confusión, todo ignorancia. Comenzó en estas sombras a amanecer al alma a la luz de la razón y,

<sup>52</sup> El término vega, como el término montaña de esta frase, y otros muchos de este texto, están escritos con mayúscula, extremo que hemos regularizado siempre; en este caso quizá podría mantenerse la grafía originaria porque resulta una alusión muy transparente a Lope de Vega, del que había comentado Góngora en un soneto: “con razón vega por lo siempre llana”, expresión que se parece bastante a los términos que emplea aquí Pellicer. El verso citado figura en un soneto atribuido a don Luis, anterior a 1622, que suele titularse “A Lope de Vega y sus secuaces”: “Patos de la aguachirle castellana, / que de su rudo origen fácil riega / y tal vez dulce inunda nuestra Vega, / con razón Vega por lo siempre llana”, Luis de Góngora, *Obras completas (Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable)*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, vol. I, p. 650.

<sup>53</sup> \* *Vellei. lib. 1. Hist. cap. 17.*

<sup>54</sup> \* *Arist. lib. 1. Metaphys.*

<sup>55</sup> \* *Arist. vbi supra.*

desahogándose la más noble potencia suya, dio el entendimiento el primer paso a la admiración, y desde allí en el deseo de investigar las causas a lo más oculto de la naturaleza. Dudó cómo eran las cosas, después de haberlas admirado, y descogiendo el discurso casi topó entre la especulación de todas la verdad de muchas. No han querido admitir este ejemplo los que no han sabido imitar a don Luis, sino que se han pasado desde lo imposible de la imitación a la facilidad del desprecio, desestimándole los que no saben imitarle. También sucedía este delito en el siglo de Cicerón, que él lo conoció primero: *Nunc enim tantum quisque laudat, quantum se posse sperat imitari*<sup>56</sup>. De modo que pretenden disculpar su ignorancia con el descrédito ajeno, rara pensión del acierto, pues en no errando uno con todos, en desviándose de lo vulgar y en hallando otro viaje para la fama, luego se hace mal visto, y ha de ser la singularidad desatino. ¡Oh, cuán religiosamente dijo esto mismo San Cromacio, obispo de Aquileya! *Non est dubium, quia bono facto comes set semper invidia. Nam vbi coeperis a mundanis et erroneis hominibus discrepare, statim persecutiones oriuntur: necesse est surgant odia, aemulatio laceret*<sup>57</sup>. Infelicidad grande haber de errar con los más, para ser bienquisto con los muchos. ¡Y que haya de estar lo mejor medroso de salir en público, embarazado en lo raro, por no topar con el odio y con la emulación! Que es evidente el salir ajados los atentos cuando rehusan el concurrir con los ignorantes, haciéndose afuera del error. Sintiólo así Juan Maxencio, respondiendo a Hormisda, pontífice sumo: *Hinc denique eos, quos ad sui erroris dedecus inclinare nequiverint, irreligiosos, superbos, et inuidios accusare non metuunt, cum haec de illis potius integro, et vero adseuerentur iudicio, qui erroris tenebris delectantur, nonne illis qui fixit permanent in veritate vestigiis*<sup>58</sup>.

Estaba la poesía castellana convalecida apenas de Juan de Mena y halagada de la blandura de Garcilaso; iba arribando en don Diego de Mendoza, Francisco de Figueroa y Fernando de Herrera; entretúvose mejorada en los dos insigne Leonardos de Argen[f. 4 v.]sola, hasta que se cobró en Góngora, que la puso en perfección, llenando de espíritu generoso la capacidad de los genios españoles; y aun no falta algún idiota que se admire de ver cuán aumentada y florida está el arte de escribir versos en España<sup>59</sup>, como si España en todos siglos no hubiera criado ingenios que han pasmado los tiempos, pues a pesar dellos mismos ha vivido su nombre, que el tenerlos ahora no es comenzar, sino proseguir. Bárbaro y torpe admirador de la poesía de España, ¿quién dio a Roma a Marcial, Séneca, Lucano, Silio Itálico, Idacio Claro, San Dámaso y Prudencio, poetas insignes? ¿Ves cómo te admiras de ignorante y te sucede lo que Aristóteles dice en sus *Morales Nicomachios*?: *Qui autem ignorantia conscii sibi ipsis sunt, eos admirantur, qui magnum quid, ac supra vires suas referunt*<sup>60</sup>. Más le debemos a Jonás, obispo de Orleans<sup>61</sup>, que a estos que blasonan que nacieron *et vrbi, et orbi*, para su patria y para el mundo, y se inscriben, ¡qué locura!, no alumnos de las musas, sino padres dellas. Así, contra Claudio, obispo de Tours: *Dissertissimos viros, et eloquentissimos, atque Catholica et Apostolica Fidei inuictissimos defensores, Hispaniam protulisse,*

<sup>56</sup> \* Cic. ad M. Brut.

<sup>57</sup> \* B. Chrom. de Octo Beatitud.

<sup>58</sup> \* Maxent. in Respons. ad Hormisdam.

<sup>59</sup> Lope había escrito en el prólogo al *Laurel de Apolo*: “Yo, señor lector, me admiro de cuán aumentada y florida está el arte de escribir versos en España, y no veo lucir ingenio que, con virtuosa emulación, no me haga reconocer cuán lejos estoy de imitarle, que aunque es verdad que no me agrado del nuevo estilo de algunos, no por eso dejo de reconocer sus grandes ingenios y venerar sus escritos”, Lope de Vega, *Laurel de Apolo con otras rimas, Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso*, op. cit., tomo I, p. XXVII.

<sup>60</sup> \* Arist. lib. 1. cap. 4.

<sup>61</sup> \* Ion. lib. 2. de Adora. Imagin.



*manifestum est*. Pues, si esto se decía de España casi DCCC [ochocientos] años ha, ¿por qué ha de hacer novedad que prosiga ahora en criar ingenios que alentados de las musas de Góngora asombren el mundo y, siguiendo aquel estilo grande, sean rayos de elocuencia, como de Grecia cantó Aristófanes, que no esté seguro dellos, ni aun el laurel si le hallan puesto en sienes indignas? ¿Por qué cuál hombre hay tan de mal gusto, que teniendo cerca los manjares delicados coma de los groseros? Así Tulio: *Quae est autem in Hominibus tanta peruersitas, ut inuentis frugibus, glande vescantur?*<sup>62</sup>. Solamente los que se ahítan de lo bueno, de lo suave y de lo dulce, gustan de lo tosco, de lo inculto y de lo vulgar, que éstos, por no confesar la bondad de aquello, perseveran en la maldad desto, gustando más de porfiar en su tema, como villanos locos, que reducirse como nobles dóciles, vicio acusado ya por San Vigilio mártir, obispo de Trento, *Contra Euthyches*<sup>63</sup>. Éstos no me hacen congojar que me calumnien, sólo de lástima, y por lo que me debo yo y les importa a ellos, estimara que se pasara la candidez exterior del pecho de alguno<sup>64</sup> a vivir en la intención, que a mí me enseña a perdonar enemigos sola mi modestia, pues en ella misma hallo yo la venganza, como lo doy a entender en el erizo encogido y los perros, fuera de que es imposible que no sea gran venganza el desprecio de las injurias, y más con quien ni puede ni quitar reputación ni dalla, porque

*Si del tener honor el darle viene,  
Ninguno puede dar lo que no tiene*<sup>65</sup>.

Vosotros sí, ingenios de España, podéis dar mucho y, quedándoos con más, dejarme a mí honrado y agradecido para que os desee perpetua fama y posteridad eterna.

<sup>62</sup> \* *Cicer. orator.*

<sup>63</sup> \* *B. Vigil. lib. 1. cont. Euthych.*

<sup>64</sup> Nueva alusión de Lope de Vega, como recuerda Dámaso Alonso, "Como contestó Pellicer a la befa de Lope", *Estudios y ensayos gongorinos, Obras completas. V. Góngora y el gongorismo*, op. cit., p. 686, puesto que el dramaturgo tenía el hábito de San Juan de Jerusalén, que lleva una cruz blanca en el pecho.

<sup>65</sup> Lope de Vega, *Laurel de Apolo con otras rimas, Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso*, op. cit., tomo I, p. 13.